

Capítulo VII.

Fin de un drama.

Era la caída de la tarde.

El padre de Esperanza había salido por la mañana, con ánimo de hacer algunas compras, á Florencia, y no debía volver hasta las ánimas.

Américo no quiso durante el día ir á casa de su amada; pero aguardó á que anocheciera, y oculto por las sombras de la noche penetró en su morada.

Al verse á solas, la emoción ahogó las palabras los labios de los desgraciados amantes.

Sus ojos derramaron abundoso llanto algún tiempo, y al fin y al cabo, viendo que apenas tenían una hora para hablar, sacó Esperanza fuerzas de firmeza y dijo á Américo.

—Hemos sido culpables, y sufrimos el castigo de

nuestra culpa. Pero mi mayor pena es que alcance á nuestra hija.

—No alcanzará,—exclamó Américo.—Ella es el lazo que nos une; si la desgracia ha querido que no pueda santificarse nuestra unión, un sagrado deber, el de velar por nuestra hija, nos obliga á vivir el uno para el otro.

—Eso no es posible.

—¡Oh! Esperanza, es necesario que hagas ese sacrificio. Soy pobre; pero tengo valor y fuerzas, y trabajaré. Cuento con medios suficientes para poder huir de tu esposo; huyamos, vivamos lejos de él, lejos de la morada de todo el mundo, para cumplir el deber que nos ha impuesto Dios al darnos esa hija.

—Por ella no hay sacrificio que no arrostre. Pero ¿no conoces que llegará un día en el que podrá acusarnos? Por otra parte, yo no puedo, yo no debo reincidir. He dado gracias á Dios, porque te ha traído á mi lado, porque has podido ver á tu hija, porque cuando yo muera, que será pronto, podrás velar por su inocencia y prestarle el amparo que necesita.

—¿Así me hablas?

—No quiero engañarte. La herida de mi corazón es profunda, no se cicatrizará nunca; por eso la muerte que me amenaza es para mí la tranquilidad, el descanso, el perdón.

—¿Y qué será de esa niña sin tí?

—La Providencia se apiadará de ella; yo estoy resuelta á sufrir el castigo que merezco.

—¡Esperanza, por Dios!

—Mi resolución es irrevocable; aun cuando no lo fuera, pesa sobre mí una sentencia. Mi juez, mi verdadero juez, ha perdonado mi vida, porque no ha querido ser á un tiempo asesino de un sér inocente y una mujer culpable. Ha respetado á nuestra hija después de nacer, y me ha dado de término un año para que la alimente á mis pechos. Al cumplirse este plazo separará de mí á mi hija, y entonces moriré, por que una madre no puede vivir sin corazón, y su corazón es su hijo.

—Yo no consentiré semejante infamia.

—La voluntad de don Alfonso es inviolable.

—Lucharé con él brazo á brazo.

—Si tal haces y perece á tus manos, el remordimiento no te abandonará nunca.

—¿Y crees que he de tener calma bastante para ver que te condene á una muerte horrible?

—He cometido un crimen y necesito expiarle.

—No, no, Esperanza; eso no puede ser. Dios no quiere que una madre sacrifique á su hija. Ella te impone el deber de seguirme, de vivir para ella. Seremos, no ya amantes, sino hermanos; seré tu esclavo si lo quieres; pero oye mi consejo, accede á mis súplicas, conserva tu vida para ese ángel que te necesita; de lo contrario, clavarás un puñal en mi pecho, y entonces tendrá que vivir poco ménos que condenado á la orfandad ese inocente fruto de nuestro entrañable cariño.

La primera campanada de las ánimas resonó.

—Vete, mi padre vá á volver y no debe sorprendernos.

—No me iré si no accedes á mis ruegos.

—Bien, vete ahora... Ya volveremos á vernos.

Américo no quiso agravar la situación de Esperanza y se alejó.

Al llegar al convento de franciscanos le llamó el prior.

—Se ha recibido un mensaje,—le dijo,—del duque de Médicis, con orden de que vayais á verle inmediatamente á Florencia.

Américo no podía desobedecer aquel mandato.

Se puso en camino, y al día siguiente se presentó al duque.

—Os he llamado,—le dijo,—porque ha llegado un emisario de España que quiere veros: en nombre del obispo Fonseca. Tal vez se trate de vuestro porvenir, y he creído haceros un servicio al obligaros que abandonéis vuestro retiro.

Américo fué á ver al emisario del obispo.

Este, valiéndose de muchos rodeos, le preguntó qué tal le habia ido en la colonia, y temeroso Américo de que le obligase á volver á ella, lo cual le desagradaba, aunque le ofrecieran un alto empleo, manifestó los grandes trabajos que habia pasado en su viaje y la dolorosa existencia que habia arrastrado.

—Pues bien,—le dijo el emisario;—voy á hablaros con completa libertad. Todos los que han vuelto con vos de aquellos lejanos países dicen lo mismo; todos se quejan amargamente de los grandes apuros

que allí han pasado, de lo inútil de las tentativas que hace Colon para adquirir riquezas; y los leales servidores de los reyes, que ven con pena próximos á consumirse en estas estériles empresas grandes tesoros, y lo que es más, la vida de multitud de hombres, desean á toda costa poner en evidencia la verdad y predisponer el ánimo de sus majestades á llamar á Colon, á renunciar á sus ruinosas conquistas y á evitar en lo sucesivo los gastos y las desgracias que están llamadas á ocasionar. El obispo Fonseca, mi señor, es quien con más vehemencia abraza este deseo.

—¿Y qué quereis de mí?

—Una cosa muy sencilla. El testimonio de los españoles puede considerarse como interesado, porque al fin y al cabo Colon es extranjero, y natural es que desagrade á los españoles que un hombre de otro país alcance la gloria que él y los provechos que se promete. Pero vos sois extranjero tambien, italiano, compatriota de Colon, y vuestro testimonio hacia gran falta, porque todo el mundo debe suponer en vos deseos de favorecer al almirante. Os proporcionaré una crecida suma para que vayais á España, y una vez allí, el obispo Fonseca asegurará vuestro porvenir.

En aquellas circunstancias era una fortuna para Américo Vespucio la proposicion que acababa de hacerle el emisario de Fonseca.

Con aquella cantidad que le brindaba podia sufragar los gastos del viaje, llevar en su compañía á Esperanza, y una vez allí, bajo la proteccion de un per-

sonaje tan importante, librar del castigo á que habia sentenciado el esposo ofendido á la esposa culpable.

Desde luego accedió, y empeñando su palabra formal, firmó un documento, en el que se comprometia á atestiguar todo lo que de palabra habia dicho al enviado de Fonseca.

Recibió en cambio una crecida cantidad, y prometió estar en Búrgos antes de que terminara el mes. Apenas arregló este negocio fué á ver al duque de Médicis.

—Me buscaban,—le dijo,—para enviarme de nuevo á los países descubiertos en medio del Océano. Mi desventura es tanta, que estoy resuelto á aceptar esa oferta, y muy en breve partiré para España.

El duque, que profesaba mucha estimacion á don Alfonso, se alegró de esta determinacion de Américo.

Por su parte, estaba resuelto á influir cerca del esposo de Esperanza para que disminuyera la crueldad de su castigo.

Mientras Américo volvió al convento de franciscanos, el duque de Médicis llamó á don Alfonso.

Cuando estuvo á su lado, imploró su perdon en favor de Esperanza.

El anciano, con lágrimas de una eterna amargura, se negó á acceder á sus deseos.

—No intercedais, por ella,—le dijo,—á pesar de su crimen, cada dia es más grande el amor que le profeso.

Yo no atentaré contra su vida.

Tambien os aseguro que el fruto de su amor cri-

minal será considerado por mí. Ya he hecho mi testamento, y he asegurado el porvenir de esa pobre niña.

Pero es imposible que viva al lado de su madre: este ha de ser su castigo, su atroz castigo.

Dentro de breves dias termina el plazo que le he dado para que la alimente con su sangre.

Dominando la emocion, sofocando el afecto, yo mismo iré á separarla, yo mismo arrebataré á la hija del seno de su madre.

Esperanza pasará el resto de sus dias en un convento.

Su hija hallará una familia, y con ella los cuidados, los desvelos que pierda faltando su madre.

Yo haré que sea tan feliz como desgraciado he sido yo.

Tales eran las intenciones de don Alfonso, al mismo tiempo que Américo Vespucio procuraba acercarse á Esperanza para revelarle las proposiciones que le habian hecho, y ofrecerle los medios de abandonar á Italia, y regresar á España á vivir consagrada al amor de su hija.

Una nueva entrevista de los amantes obligó á Esperanza á engañar á Américo.

Estaba resuelta á no huir, á sufrir el castigo; pero al ver la vehemencia del desgraciado padre, al convencerse de que estaba dispuesto á jugar el todo por el todo, le ofreció disponerse á partir con él en un dia dado.

Américo confió en su palabra.

Dos dias antes se presentó don Alfonso en la casa de Andrés.

—Hoy cumple un año nuestra hija,—dijo á Esperanza.—Ha terminado el plazo que os concedí para que viviérais con ella; dadle el último beso.

Esperanza sintió que se agolpaban las lágrimas á sus ojos.

Pero habia resuelto presentarse con entereza á su marido, é hizo que sus pupilas devorasen las lágrimas.

Permaneció impassible.

—Dad el último beso á vuestra hija,—exclamó don Alfonso.

—Ya me he despedido de ella,—exclamó Esperanza.

Don Alfonso cogió á la niña en brazos, y se detuvo en presencia de su esposa.

La niña lloraba porque queria volver al lado de su madre.

La llamaba y parecia comprender lo que pasaba, á juzgar por la tristeza de su llanto.

Aquello era el colmo del martirio.

Esperanza se ahogaba, pero aún resistia.

—¡Que Dios os perdone!—dijo don Alfonso.

Y partió, llevándose á la niña.

Al verse sola quiso llorar Esperanza, quiso exhalar un gemido; pero era tarde.

Dió un paso y fué á caer en los brazos de su padre, que habia entrado en aquel momento á consolar á su hija.

Andrés la sostuvo y comenzó á dar voces.

Don Alfonso no podía oírlo ya.

Habia partido.

Al poco rato llegaron algunos vecinos, y entre todos colocaron en el lecho á Esperanza.

Su padre tocó su frente.

Estaba helada.

Acercó el oído á su corazón y no latía.

Esperanza habia muerto.

Al día siguiente las campanas del convento de franciscanos tocaban á muerto.

Américo fué instintivamente hácia la aldea.

Desde lejos vió que cuatro hombres llevaban un ataúd, y que detrás de ellos iba un anciano.

Era el padre de Esperanza.

Inmediatamente corrió á casa del anciano.

La casa estaba desierta.

Sobrecogido por un insólido temor, permaneció allí Américo, sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Poco despues volvió el anciano, y entró en la habitacion donde estaba el jóven, sin reparar en él.

—¿Y Esperanza?—preguntó Américo.

El anciano fijó en él una mirada horrible.

Levantándose de pronto y cogiéndole la mano, le dijo á media voz:

—¡Ha muerto, su esposo la ha asesinado!

Y acompañó la última palabra con una carcajada histérica, que heló la sangre en las venas del infortunado amante.

—¿Y su hija?

—¡Sa hija! ¿Quién sabe dónde está?

Y enfureciéndose:

—Huye, huye de aquí,—añadió,—si no quieres venir á mis manos.

Américo comprendió todo lo que pasaba.

Saliendo inmediatamente de casa de Andrés.

—Se ha vuelto loco,—dijo á los que encontró al paso.

Y corrió apresuradamente á Florencia.

Resuelto á averiguar el paradero de su hija, llegó á casa de don Alfonso.

Preguntó por él.

—Ha partido hace dos días,—le dijeron,—y no ha vuelto.

Aguardó á que volviese una semana, dos, y no volvió.

Tenia recursos para poder comprar á los confidentes de don Alfonso, y los empleó con este objeto.

Al fin de muchas pesquisas pudo saber que don Alfonso habia enviado la niña á un pueblo de la montaña de Luca.

Iba á salir á buscarla, cuando un hombre le detuvo en la calle.

Al verle se estremeció.

Era el emisario del obispo Fonseca.

—Faltan ocho días,—le dijo,—para que se cumpla el plazo. Empeñásteis vuestra palabra de honor de que iriais á España á poner os á las órdenes del obispo. Os entregué una cantidad y firmásteis un do-

cumento. Si no partís, tendré que delataros como un estafador.

—Yo cumpliré mi palabra,—dijo Américo.—

—No teneis tiempo.

—Os juro que cumpliré mi palabra.

Y partió para Luca.

Capítulo VII.

El peregrino.

Don Alfonso tenía una heredad en uno de los risueños prados que hay entre las montañas más próximas á Luca.

Un matrimonio jóven cuidaba de su hacienda.

Al día siguiente de la muerte de Esperanza se presentó con la niña á sus colonos.

—Vengo á pedirós un favor,—les dijo,—en pago del cual labraré vuestra fortuna.

La jóven, que se llamaba Teresina, dotada de una gran penetracion, comprendió desde luego que un inmenso pesar laceraba el corazon de don Alfonso.

Al ver la niña que llevaba en sus brazos, sintió vivos deseos de acariciarla, porque era encantadora.

Pero se contuvo, y deseosa de saber lo que ocurría, se atrevió á dirigir la palabra á don Alfonso.